

se alejaban precipitadamente de Roma, sustrayéndose de la catástrofe para la cual ellos servían de inocente pretexto: verificáronse numerosas prisiones en varios puntos de la ciudad, y se estableció asimismo un sitio regular, en un cobertizo debajo del cual se decía haberse refugiado un cierto Minardi.

«Los agitadores habían triunfado: pero el buen sentido del pueblo romano no tardó en conocer el lazo en que se le había hecho caer, sorprendiendo y arrastrando su fácil credulidad, y entónces comprendió que el pretendido complot no fué mas que un pretexto hábilmente concebido. Jamás ningun golpe de mano fué ejecutado mejor y con mas rapidez.

«La maniobra de los revolucionarios para obtener en Roma la organizacion de la Guardia cívica, es un poema de habilidad, con el cual, no solo el pueblo romano, uno de los más vivos é ingeniosos. sí que tambien la Europa entera han sido engañados.

«En un principio, animada la Guardia cívica de rectas intenciones, llenó el servicio con admirable celo. G. Morandi, secular y procurador del Fisco, revestido provisionalmente de las altas funciones de gobernador interino, había reemplazado á Monseñor Grasellini, acusado de debilidad ó de incuria. El pueblo representado por la Guardia cívica, acababa de reconciliarse con los cuerpos de carabineros, cuando un súbito é imprevisto acontecimiento reanimó la agitacion de Roma despertando el sentimiento nacional de sus habitantes. Súpose en esta capital que el general austriaco teniente general conde de Auesperg, jefe de la guarnicion de la ciudadela de Ferrara, intentaba la ocupacion de la ciudad, haciendo salir patrullas nocturnas en contravencion á los tratados de 1815. El cardenal legado Ciacchi, hombre enérgico, había combatido semejante violacion del derecho de gentes, por medio de una protesta, aprobada en seguida por el Soberano Pontífice y confirmada y publicada por el cardenal secretario de estado. Esperábase que á consecuencia de este acto de legítima defensa, sabría apreciar el general austriaco el valor de tan justa representacion. No sucedió así: persistiendo en su resolucion, quejábase el general de Auesperg al cardenal legado, de que la guardia de las cárceles fuese confiada á la Guardia cívica, y le hizo presente al mismo tiempo su formal determinacion de hacer ocupar por sus

tropas la gran guardia de la plaza y los otros puestos, si estos debían entregarse á la Guardia cívica. El cardenal Ciacchi recordóle en una contestacion llena de dignidad, los derechos de la Santa Sede, añadiendo, que la disposicion tomada para el servicio de las cárceles, dimanaba realmente de su autoridad y que aun cuando semejante medida se extendiese á otros puntos, ello no era suficiente motivo para protestas, y ménos para las amenazas de ocupacion hechas por el general.

«A pesar de tales observaciones, el comandante austriaco hizo ocupar militarmente los puntos de la gran guardia y las cuatro puertas de la ciudad.

«El cardenal legado publicó en seguida una proclama mas enérgica aún que la primera, mientras que por su parte el gobierno superior dirigía al gabinete de Viena reclamaciones basadas en la santidad de los tratados, En tales circunstancias, la conducta de Pio IX fué como en todas las anteriores, digna de él, así es que poco despues, obtuvo de la lealtad del gabinete austriaco la completa evacuacion de la ciudad de Ferrara.

«Los miembros de las sociedades secretas y los jefes de la *Jóven Italia*, aprovecharon este suceso para activar los preparativos de su cruzada contra el Austria, cuya potencia consideraban con razon como el principal obstáculo á su delirante sueño de unidad federativa. Se aproximaba el día en que debieran enarbolar la bandera que preparaban en la oscuridad. Mientras tanto, para nadie eran un secreto sus proyectos, y en el Austria misma no se ignoraba ninguno de sus pormenores, pues sus agentes tenían en la mano los hilos de la conjuracion, siguiendo paso á paso el progreso del movimiento que se organizaba contra la misma, la cual dispuesta para la lucha, estaba firmemente resuelta á arrostrar todas sus consecuencias. Una prueba de ello se manifiesta en este notable despacho, dirigido el 2 de Agosto á lord Palmerston por el príncipe de Metternich:

»La Italia centrales presa de un movimiento revolucionario, á cuya cabeza se hallan los jefes de sectas políticas que durante muchos años han amenazado los estados de la península. Acogiéndose al abrigo de las reformas administrativas que ha concedido últimamente el Soberano Pontífice, impulsado por un afecto

de bondad hácia su pueblo, los facciosos procuran paralizar la regular accion del poder, y se proponen un fin que, para estar de acuerdo con sus intenciones, no puede limitarse á los Estados de la Iglesia, ni á los de la Península.

»Estos jefes quieren un solo y único jefe político, ó á lo ménos una federacion de estados, bajo la direccion de un poder central. La monarquía no entra en sus designios, y lo que quieren en Italia es una abstraccion de utopia radical. En una palabra, estas sectas quieren una república federativa como la que existe en Suiza ó en los Estados de América.

»El emperador nuestro augusto amo, no pretende ser una potencia italiana: se contenta con ser jefe de su imperio. Una porcion de este imperio se extiende mas allá de los Alpes, el cual desea conservar y nada mas, y está por lo tanto resuelto á defenderlo contra cualquiera que sea...»

»A este primer despacho, el ministro austriaco añadió otro mas expícito todavía, en el cual pregunta al ministro inglés la actitud que el gobierno de la reina de la Gran Bretaña piensa tomar en los acontecimientos que se preparan, y si reconoce en todo su vigor el tratado de Viena, relativamente á los territorios de Italia

»No se hizo esperar mucho la contestacion de lord Palmerston: «El gobierno de S. M. la reina, decia: reconoce que las cláusulas y las estipulaciones del tratado de Viena, mientras que se apliquen á la Italia y á los demás Estados de Europa, deben ser mantenidas; añadiendo que no puede operarse ningun cambio ni hacer modificacion alguna á tales disposiciones, sin el concurso y el consentimiento de todas las potencias que tomaron parte en ellas.»

»Una copia de este despacho, fué remitido á los principales jefes de la *Jóven Italia*, cierta noche que se hallaban reunidos en uno de sus clubs. Despues de leerlo en voz alta uno de dichos jefes, exclamó respirando la cólera por sus labios: «¿Con que derecho pretenden las potencias europeas mantener las estipulaciones de un tratado vergonzoso, que permite á las águilas extranjeras ofuscar una parte del brillante sol de la Italia? ¿Ha sido llamado el pueblo á las conferencias, que le impusieron los hierros de la servidumbre? ¿Entregó voluntariamente sus manos á las esposas de la opresion? ¿Consintió los girones que la espada del Austria

hizo al mapa del mas bello país del mundo? La Italia pertenece á los italianos: los italianos solos, tienen derecho de modificar, si lo quieren, y de fijar si tienen poder y voluntad, las cláusulas de los tratados de 1815. ¿Sabeis, añadió, el caso que los patriotas deben hacer de este insolente despacho? Hélo aquí.» Y con sus manos crispadas, rasga la contestacion escrita por lord Palmerston, en medio de las aclamaciones de los conjurados, que gritaron: ¡Abajo el Austria! ¡Viva la Italia!

»Uno de los agentes mas activos de la *Jóven Italia*, era á la sazón Carlos Bonaparte, hijo de Luciano, príncipe de Canino. Pequeño, grueso de talle, llevando en la frente, á excepcion de la finura y la dignidad, el tipo de los Bonapartes, el príncipe de Canino, vestido habitualmente de negro, reuniendo al descuido de su traje, el desórden de sus ideas, reemplazaba por medio de una fecunda verbosidad, brillante alguna vez, la nulidad de su inteligencia política. Hábil en el arte del disimulo, habia desempeñado durante el pontificado anterior, dos papeles diametralmente opuestos. Por la mañana en las antecámaras de los cardenales y por la noche en los conciliábulos de las sociedades secretas, explotó por medio de un doble juego, los azares del presente y las eventualidades del porvenir.

»Asimismo, se le habia visto ir piadosamente al Vaticano para depositar á los piés de Gregorio XVI homenajes que su corazon desmentia. Sábio naturalista, buen padre de familia, y generoso en casos dados, hubiera sido un excelente ciudadano, si resistiendo á los prestigios de la ambicion, hubiera recordado, que en la época en que su familia errante por la Europa buscaba en vano en medio de las ruinas de sus tronos, un albergue donde poder descansar su cabeza, el papa Pio VII le habia acogido en sus Estados, dando en seguida á su padre el título de Príncipe Romano. Tal es el hombre que pronto se verá ser el primero entre todos en arrancar las armas pontificias del palacio que debia á la magnificencia de un gran papa....»

«Los agitadores de las sociedades secretas que batian palmas y que preparaban las grandes ovaciones que á Pio IX se consagraban y que tenian por objeto arrastrarle por el camino de las innovaciones, lo que habia de facilitar el que ellos se proponian recorrer,

iniciaron un movimiento en las calles de Roma, que se verificó en efecto el 7 de Setiembre (1847).

«Cuando menos podía esperarse, un populacho inmenso ganado por el oro de las sociedades, salió por las calles dando gritos contra el Austria y aún contra el clero. Este movimiento era dirigido por el príncipe de Canino, Galetti que era un droguero, y un inglés llamado Macbedu. Los hombres honrados se ocultaron, las tiendas se cerraron y la ciudad presentó un aspecto de tristeza. La manifestación duró hasta muy entrada la noche.

«Al día siguiente, se hicieron varias prisiones, pero los detenidos fueron bien pronto puestos en libertad.

«La gran magnanimidad de Pío IX no le permitía el tomar medidas de gran rigor.

«Estos desórdenes revolucionarios contristaron el alma de Pío IX; empero, persistiendo en no ver en tales descarríos mas que el hecho aislado de algunos hombres, y creyendo el generoso pontífice refrenar el genio del mal por medio de continuos beneficios, no dejó de proseguir su obra de mejoras. Así es que el día 2 de Octubre siguiente, publicó un *motu proprio*, para la organización de la municipalidad, que reflejaba admirablemente los nobles instintos de su corazón. Este acto dió pretextó á los miembros de las sociedades secretas para una nueva manifestación. Al día inmediato de haberse publicado, los alborotadores se reunieron en el lugar acostumbrado de sus conciliábulos, para felicitarle por el resultado de la jornada de la víspera. *Todo va á pedir de boca*: dijo uno de ellos; *la revolución marcha, de bendición en bendición: hemos hecho de Pío IX, sin que él lo advierta, el motor de la revolución italiana.* ¡Desgraciados! Esto decían, y á sabiendas le impedían que fuese el regenerador de su patria. Todos los periódicos de Roma, elogiaron el pensamiento que había inspirado á Pío IX el *motu proprio* de la municipalidad; los unos de buena fé, los otros por sistema.

«Un beneficio de Pío IX, presagiaba otro nuevo, y así es que, algunos días después del *motu proprio* de la municipalidad, decretó la Consulta de Estado.

«El estatuto orgánico de este poder llamado á tomar parte en la legislación y en la administración general del país, se hizo, en el estado de cosas de aquella época, de una importancia fundamen-

tal. Admirable en el fondo y en la forma, distinguíanse en aquel decreto los principios constitutivos y las disposiciones reglamentarias. Divididos en cuatro secciones los hombres más esclarecidos del país, debían reunir en una sola haz la legislación, la hacienda, el comercio, la industria, la agricultura, y los trabajos públicos. El sistema electoral de la candidatura, tal como lo concibió Pío IX, combinaba la autoridad y el elemento popular, en una perfecta unión de reciproca confianza. Concedía una parte amplia á los principios de libertad, manteniendo los derechos de la soberanía. Cada consejo comunal presentaba para el nombramiento de un diputado, una lista de tres candidatos al consejo de la provincia. Este debía designar en vista de tales listas reunidas, los nombres de tres candidatos, entre los cuales, el Soberano se reservaba el derecho de escojer el miembro llamado á formar parte de la asamblea. Las condiciones para ser elegido, abrazaban los tres principales elementos de la sociedad; la propiedad, garantía del espíritu conservador; la ciencia, principio de organización, y el comercio, representando la inteligencia aplicada á la prosperidad material de las naciones. La unión de las capacidades en la lista de los electores, era un inmenso progreso, si se considera que entonces y desde mucho tiempo en Francia, la oposición parlamentaria reclamaba el principio de la capacidad como título de admisión á la clase electiva de las asambleas representativas.

»Para dar todavía mas garantías á la independencia deliberativa, el estatuto de la Consulta, estableció en principio, que la cualidad de miembro era incompatible con los empleos pagados por el gobierno. Esta regla general tuvo una sola excepcion que fué la de los funcionarios residentes en Roma. El pueblo romano, el país entero llamado á regir sus propios negocios, manifestaron su alegría con las demostraciones acostumbradas en semejantes ocasiones.

»Un hombre del pueblo, del cual se ha hablado mucho, y diversamente, hallábase siempre á la cabeza de todas estas manifestaciones. Angelo era su nombre de pila, Brunetti su apellido, y Ciceriacchio su apodo. Hijo de padres pobres, que solo debían dejarle por única herencia, tradiciones de honor y ejemplos de probidad, Ciceriacchio, así llamado por su madre en razón á sus mejillas gruesas y mofletudas, se formó muy temprano en las fati-

gas que constituyen la vida del jornalero. El hombre robusto, pronto reemplazó al niño. Activo, laborioso, de una economía sin avaricia y de una inteligencia limitada, pero proporcionada á las necesidades de su posición, Cicornacchio al principio *carrettiere*, después alquilador de caballos, fué por último mercader de vinos, de madera, y de forraje. Alto, fuerte, de temperamento vigoroso, de elevado pecho, anchas y bien formadas espaldas, y fundido, diríase, de una sola pieza en un molde antiguo, poseía un brazo de hierro. Su voluntad no conocía obstáculo alguno; sensible y compasivo, se complacía con su fuerza, en proteger al débil, y con su caridad consolando al desgraciado. Sin embargo, dos vicios capitales oscurecían sus cualidades, preparando su perdición: el orgullo y la afición al vino. Educado por una madre piadosa en los principios religiosos, predispuesto Cicornacchio al error político, pertenecía desde 1830 á la secta de los Carbonarios, lo que no le impidió ser entre las gentes de su clase, uno de los primeros en saludar con entusiasmo la exaltación de Pio IX al trono de San Pedro. ¿Lo hizo de buena fé ó por sistema? En adelante se sabrá. Mientras tanto, en la fundación de un arco de triunfo erigido para celebrar el generoso decreto de amnistía, halló la primera base de su fortuna política, al mismo tiempo que el primer germen ruinoso de la privada. En aquél entonces ejercía una grande influencia en el pueblo. Mazzini desde Londres, y los demás jefes de las sociedades secretas de Italia, fijaron la vista en él para constituirlo en instrumento, tanto mas dócil, cuanto era poco inteligente. Nadie mejor que él poseía la confianza de las masas, lo que acrecia su popularidad: creíase hábil en el don de la palabra, y le hacían creer que era orador; y como le gustaban las distinciones, se le decoró con el nombre de jefe del pueblo; era igualmente sensible á los honores, y se le franquearon los palacios de los príncipes, los cuales mas tarde á su vez le abrieron su corazón y su mano. Desseando insignias honoríficas, sustituía su chaqueta por la levita de la guardia cívica, su sombrero gris, por el casco á la antigua, su látigo de carretero, por la espada; adornáronse sus hombros cortados sobre el modelo del Hércules de Farnesio, con brillantes charateras; encerróse su corto cuello dentro un corbatin de oficial, y se depositó en sus callosas manos la bandera de un batallón de la

guardia cívica. Desde aquel día el hombre trabajador se hizo un conspirador en regla. Las grandes palabras de patriotismo, igualdad y libertad, que germinaban en todas las cabezas, de tal suerte trastornaron la suya, que cierta mañana, después de una noche de embriaguez y de orgía, despertóse creyéndose tribuno. Entónces sufriendo el impulso fatal que le arrastraba á la perdición, recibió ciegamente Cicornacchio la orden de los revolucionarios; se apodera de la plaza pública para establecer allí su foro, y reuniendo la multitud, dirige el movimiento y regulariza los elementos del desorden, á beneficio de la facción que le ha ganado. Estimulada su ambición por el vino, ya no conoce límites: marcha, vuela por el camino del mal; un solo paso le separa del crimen, y éste lo dará sin vacilar, cuando llegará la hora: mientras tanto, recluta, entre los vicios de la taberna y entre el fango de las calles, compañeros dignos de él, dándose por ayudantes suyos, hombres degradados é infamados por la opinión pública, dispuestos para todo, menos al bien; y se crea una guardia escogida, compuesta del carpintero Materazzi, del escultor Bezzi, del carbonero Carbonaretto, del tabernero Tofanelli y del estanquero Piccioni.

»Por aquel tiempo la llegada de lord Minto, anunciada anteriormente por *El Contemporáneo* y esperada con ansia por la secta, fué un día de fiesta para el partido que hallaba un nuevo punto de apoyo con el carácter oficioso de un enviado de la Gran Bretaña. El objeto y las intenciones del intrigante lord, para nadie eran un secreto. No se ignoraban absolutamente sus prevenciones contra la religión católica y su ódio metódicamente presbiteriano, contra el papismo; por lo que acogieronle entusiastamente los agitadores. Olvidando por cálculo el camino del Quirinal, iban cada noche debajo de las ventanas de la fonda de Europa, delante de la habitación ocupada por su poderoso auxiliar, haciendo resonar el aire con el nombre mil veces repetido de lord Minto. Allí todas las noches un numeroso cuerpo de músicos ejecutaba piezas escogidas en honor del pérfido extranjero. En una de ellas los agitadores llevaron la galantería asta el punto de reemplazar el himno de Sterbini por el *God save the queen*. Por su parte lord Minto correspondió á semejantes galanterías demostrando las mas vivas simpatías. De esta suerte, en desdoro de los deberes hácia la Santa Sede,